

## Educación y Cristianismo

La gran esperanza de los pueblos está depositada siempre en su juventud. Esta es su delicado tesoro, y las generaciones adultas se afanan, conscientemente, con habilidad y tacto, en procurar a sus sucesores el cuidado necesario que les proporcione la madurez precisa para que, a la hora del relevo, puedan recoger la antorcha con seguridad y dominio.

Esta atención, este grave cuidado, es precisamente la educación, que sigue siendo, desde Confucio a nosotros, pasando por Grecia y Roma, "la hermosa aventura" de los pueblos que han deseado ser dueños de su destino, hasta el extremo de que toda cultura se ha podido definir merced a un ideal educativo, a un sistema de educación.

Hoy, nosotros nos hallamos pendientes de una reforma del sistema educativo nacional. Y es consolador saber que entre los principios que han de servir de fundamento a la nueva política educativa está el de que *"la educación se inspirará, en todos sus niveles, en el concepto cristiano de la vida, que recoge y potencia todos los valores humanos..."* (pág. 206 del "Libro Blanco").

Es consolador, porque España, con esta declaración, continúa siendo fiel a su tradición, concibiendo al hombre en su justa dimensión, individual y socialmente considerado. El español ve garantizada así la supervivencia de todos los valores espirituales, morales y religiosos, en otros climas tan raquíticamente defendidos. En fin, que si a España le hubiera cabido el honor de tomar posesión de la luna en nombre de la humanidad, la Cruz, y no el águila, hubiera sido el símbolo de su empresa, y la tierra, a través de los ojos del Apolo, no nos

hubiera parecido como una lágrima de Dios en el vacío.

Por otro lado, este fundamento de la política educativa del Gobierno es la mejor póliza de seguros que a un ciudadano se le puede ofrecer, para avalarle el sagrado respeto a su dignidad. Y a un pueblo, la mejor promesa de afianzarlo en un orden social justo.

Este esperanzador futuro dependerá de la educación. Sería responsabilidad la del educador: maestro, profesor o catedrático. El formar tecnológicamente a las presentes y futuras generaciones jóvenes no nos eximirá de la trascendental responsabilidad de imprimir en su estilo un concepto cristiano de la vida, de marcar su alma con la Cruz.

Ser educador seguirá siendo, por fortuna para nuestra sociedad, comprometido. Cuando el educador acepte este compromiso, debe aceptarlo con todas las consecuencias. Las notas que le definirán serán su abnegación y renunciamiento. Nunca la indiferencia o el proselitismo respecto a ideales de vida opuestos a ese principio fundamental. Si el educador se llama cristiano, su responsabilidad es más grave, pues queda, a la vez, vinculado a su fe, tan resquebrajada en esta era cósmica, en que la palabra de Dios brilla por su ausencia en las empresas humanas, en aras de un desangelado humanismo o una cómoda coexistencia pacífica.

En definitiva, hoy y mañana ser educador es y será difícil. Ser educador cristiano, doblemente difícil, aunque posible. En una palabra: ser educador no es negocio, es misión.